
*A Carmen Balcells,
agente, regente y compinche.*

PRÓLOGO

Según los teólogos, los ángeles no son eternos. Sólo Dios es eterno, y Él creó los ángeles en un momento de la eternidad, anterior a la existencia del tiempo. En consecuencia, y aunque de hecho los ángeles son inmortales, nada garantiza que hayan de existir eternamente, salvo la voluntad de Dios. En cualquier momento Dios podría eliminar a uno, o a varios, o a todos, con causa o sin ella. Los teólogos afirman que tal cosa es improbable y que no ha ocurrido nunca. Sólo una leyenda poco fiable, seguramente derivada de un error de traducción, refiere el caso excepcional de Rahab. Rahab era el ángel tutelar de Egipto cuando el pueblo judío, guiado por Moisés, emprendió el éxodo hacia la Tierra Prometida. Aun sabiendo que Jehová estaba al lado de Moisés y del pueblo elegido y que, por consiguiente, llevaba todas las de perder, Rahab se negó a abandonar a quienes habían sido confiados a su protección, y en el desastroso episodio del Mar Rojo, pereció en el ejército del Faraón.

CAPÍTULO I

Mauricio llevaba un año escaso ejerciendo la odontología en la clínica dental Torralba, del doctor Robar-tes, cuando se encontró, precisamente en un pasillo de la clínica dental, a un antiguo condiscípulo a quien no había vuelto a ver desde los años escolares.

—¡Greis!

—¡Fontán! ¡Qué sorpresa!

Se abrazaron efusivamente y se separaron riendo.

—Vaya, vaya, dijo Fontán, de modo que al final te has hecho dentista.

—Pues sí, ya ves. Y a ti, ¿qué te trae por un lugar tan poco recomendable?

—Vengo desde hace años, pero no sabía que trabajabas aquí. ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Estás casado? ¿Tienes novia? ¿Te has vuelto gay como todo el mundo?

—Nada de nada.

—Yo tampoco, dijo Fontán.

Los dos se quedaron en silencio, algo azorados: habían iniciado la conversación con efusividad y no sabían cómo seguir. La última vez que se habían visto eran dos niños y ahora presentaban un aspecto de gran seriedad. Mauricio se sentía incómodo hablando con un compa-

ñero de colegio vestido con bata blanca y en un lugar que olía a antiséptico mentolado. Se abrió una puerta y una enfermera dijo:

—Doctor, le llaman al teléfono. Es la señora Villamil.

—Ahora mismo me pongo.

—Bueno, tú tienes trabajo y yo he de irme, dijo Fontán. Me he alegrado mucho de verte.

—Yo también.

—Sí, claro, pero yo lo digo en serio, dijo Fontán. Había un leve matiz de melancolía en la voz. Añadió: Al dejar el colegio también dejás de ver a los amigos, de un día para otro, sin más ni más. Vivíamos cerca, no había motivo para distanciarnos de un modo tan radical. Nos podíamos haber seguido viendo. Pero no fue así. A menudo he pensado en esto y me he arrepentido. No te sabría decir por qué: simplemente, me he arrepentido.

—Esto es que se te está pasando el efecto de la novocaína, bromeó Mauricio.

—No, no, soy sincero. Y para demostrártelo, la semana entrante te llamaré para invitarte a cenar. Tú y yo, mano a mano. Estás pensando que no te llamaré, pero te llamaré, de modo que si no quieres cenar conmigo ya puedes ir buscando una buena excusa.

Fontán cumplió su palabra y Mauricio aceptó la invitación. No deseaba reanudar una amistad que en realidad nunca había existido, pero tampoco podía desairar a quien, como paciente, seguiría viendo con regularidad. Por otra parte, la perspectiva no le resultaba molesta: como en el colegio no había intimado con Fontán no se sentía obligado a rememorar el pasado, cosa que le desagradaba.

Al acabar la carrera, Mauricio había pasado un año en Alemania, luego dos en Madrid para hacer la espe-

cialidad de estomatología. En este lapso se había desconectado de los amigos y compañeros y los que recuperó habían dejado de interesarle. Ahora el aislamiento en que vivía desde su regreso a Barcelona empezaba a resultarle gravoso. En fin de cuentas, pensó, una noche de parranda no me hará ningún mal.

Fontán le había citado a una hora temprana en un restaurante lujoso y caro de la calle Ganduxer.

En el interior del restaurante el *maître* recibió a Mauricio con deferencia y lo acompañó a una mesa donde ya le esperaba Fontán.

Mauricio no salía de su asombro. No le impresionaba aquel despliegue de opulencia, sino el hecho de que lo protagonizara un individuo a quien había visto por última vez de pantalón corto y corriendo detrás de una pelota. Entonces recordó que su antiguo condiscípulo siempre había tenido fama de linajudo y refinado, incluso en sus años de estudiante, cuando era sólo una criatura. Vestía con un atildamiento impropio de su edad y trataba a sus compañeros en una forma desenfadada que algunos tomaban por condescendencia. El padre de Fontán era hombre de fortuna y se dedicaba ostentosamente a lo que en aquella época se llamaba la *dolce vita*. Se le atribuían viajes exóticos, y aventuras amorosas con mujeres cuya imagen aparecía en las revistas ilustradas. En cierta ocasión apareció en un diario vespertino una fotografía en la que se le veía en las pistas del Club de Tennis Barcelona junto a Rod Laver, cuyos hombros rodeaba con el brazo en un gesto de camaradería. Los dos sostenían sendas raquetas y el pie de foto consignaba que don Tomás Fontán, conocido pro-hombre barcelonés y deportista *amateur*, había disputado un reñido *match* amistoso con el número uno del tenis mundial. En el colegio la foto había corrido de

mano en mano, convertida en prueba fehaciente de los rumores relacionados con el ilustre personaje y sus proezas mundanas. El referente paterno había impuesto a su hijo una pesada responsabilidad. Ahora, al hilo de estos recuerdos, Mauricio se preguntaba si la reputación del mítico señor Fontán había respondido a la realidad o si en realidad el mítico señor Fontán no había sido más que un figurón en una época oscura y en una ciudad mezquina y provinciana.

—¿Tu padre vive todavía?, preguntó.

Fontán sonrió como si hubiera podido ver la famosa fotografía reproducida en el rostro de su antiguo discípulo.

—Sí, claro. Pero ya no juega al tenis. Hizo una pausa y añadió: Desde hace unos años yo me ocupo de los negocios familiares. Por esto me ves rodeado de tanta tontería, haciendo el paripé.

Fontán había estudiado derecho y administración de empresas en ESADE, luego había pasado por Deusto y finalmente había hecho un máster en una universidad americana. De vuelta a Barcelona, descubrió que ninguno de los conocimientos adquiridos le servía para tomar las decisiones más importantes, que seguían siendo, como siempre, fruto de la intuición y del azar. En realidad, aquellos conocimientos sólo le servían para no incurrir en los errores que cometían a diario otros empresarios, menos preparados, por creer ingenuamente en métodos y fórmulas de pacotilla. Gracias a esta actitud, razonablemente escéptica, los negocios habían prosperado sin apresuramiento, pero con regularidad y firmeza desde su incorporación a la empresa. Y lo mejor era que esta forma de enriquecerse apenas le llevaba tiempo ni esfuerzo. Todo consistía en dejar que las cosas siguieran su debido curso, sin tomar ninguna iniciativa. Aparte de

eso, poco más podía contar: vivía solo y sin compromiso en un piso grande, era ordenado, no tenía vicios y, siguiendo la tradición familiar, jugaba al tenis.

Esta breve relación, hecha con franqueza y sencillez, sin asomo de cinismo ni de jactancia, agradó y desconcertó a Mauricio. Pese a percibir un buen sueldo, Mauricio todavía no había abandonado sus hábitos juveniles: vivía con independencia, pero no se permitía ningún lujo, no por avaricia, sino porque no se le ocurría en qué malgastar el dinero. Si a fin de mes le sobraba algo, lo dejaba en la cuenta corriente y se olvidaba de que lo tenía. Dedicaba su tiempo libre al estudio y la lectura, carecía de aficiones y vestía con sencillez. Ahora, en aquel ambiente envarado, en el que se sentía un intruso, se preguntaba si estaba cometiendo una impos-tura o si estaba abriendo los ojos al mundo que realmente le correspondía y del que hasta aquel momento se creía alejado en virtud de un engaño destinado a su exclusiva tranquilidad. También pensaba en quién pagaría la cuenta de aquel opíparo banquete. Todas estas ideas contrapuestas le impedían disfrutar de los placeres de la buena mesa.

A la perspicacia de Fontán no le pasó por alto su retraimiento.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, sólo que no estoy habituado a frecuentar estos lugares.

—¿Y eso qué tiene que ver? La novedad es un incentivo o lo debería ser. Salvo que haya razones de otro orden, claro.

—No, en absoluto. Es que todavía tengo una mala relación con el dinero.

—¿Y quién no la tiene? El dinero, las mujeres, el más allá..., no pretenderás resolver estos dilemas. Nadie duer-

me tranquilo, y los niños menos que nadie. De pequeño me pasaba buena parte de la noche en vela, devanándome el seso, infligiéndome a mí mismo un auténtico tormento: qué pasaría si de repente me encontrara abandonado y sin recursos, si me olvidara de todo lo que sé, si me quedara ciego, sordo y mudo, adónde iré a parar cuando me muera, en fin, ya sabes. Entonces pensaba que los mayores habían encontrado la respuesta a las cuestiones fundamentales y por eso dormían a pierna suelta, roncando y resoplando como si quisieran proclamar groseramente su serenidad. Más tarde comprendí que los adultos tampoco sabían nada. Simplemente, otras preocupaciones más prosaicas pero más inmediatas les impedían filosofar. No sé si éste es el secreto de la vida. Lo único que te puedo decir es que darle vueltas a las cosas que no tienen solución no sirve para nada. Y mientras tanto, el tiempo va pasando.

—¿*Carpe diem*?

—No sé lo que significa, pero si significa que no hay que dejar que se enfríen los platos, estoy de acuerdo. Tampoco hay que dejar que se acabe una botella sin tener otra al lado, lista para ser servida.

Llamó al camarero y le pidió otra botella de vino, porque antes de empezar a cenar, sólo con los aperitivos de la casa, casi habían liquidado la primera.

—No lo digo en sentido figurado. Soy un hombre práctico que vive al día y trata de disfrutar lo bueno que me depara la suerte. No es el consejo de un filósofo, sino el de un economista. La vida es frágil, fugaz y voluble, pero esto no es nada comparado con el sistema monetario internacional. La mayoría de las personas se niega a aceptar esta evidencia. Unos, por temor, por no saber cómo afrontar la incertidumbre. Otros, por motivos ideológicos, por no admitir que el sistema al que vi-

ven sometidos y en función del cual han organizado sus vidas no es más que un castillo de naipes. Y esto vale tanto para los defensores como para los detractores del sistema. Los que propugnan la destrucción del capitalismo demuestran tener una fe digna de mejor causa: ven al demonio donde sólo hay inercia, improvisación e incompetencia. Tú en el colegio eras un poco izquierdoso, si no recuerdo mal.

—Sí, y luego aún lo fui más. En la facultad iba de bracete con los comunistas, aunque nunca me afilié al partido.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me afilié? Francamente, no sabría decírtelo. No fue el riesgo lo que me disuadió. Entonces me justificaba diciendo que no soportaba la rigidez de la jerarquía y de la doctrina. Hoy pienso que en el fondo no tenía un auténtico deseo de destruir la sociedad en la que me había tocado vivir. El mundo era injusto, pero a mí ya me parecía bien. En cambio la utopía leninista me parecía siniestra.

—¿Y ahora?

—Ahora sigo sin militar en ninguna parte. Procuro no claudicar de mis antiguos principios, que ya es algo. Con los años me he ido volviendo pragmático: un avance real, el más pequeño, vale más que cualquier promesa o que cualquier expectativa. En definitiva, tienes tú razón: la vida es corta.

—En especial la del PSOE. ¿Tú crees que aguantarán toda la legislatura?

—No tengo ni idea. La política ha dejado de interesarme. ¿Podemos cambiar de registro?

—Como quieras. Hace años que dejé la brigada social.

—Oh, vamos...

Siguieron hablando distendidamente, a ratos en broma y a ratos en serio, saltando de un tema a otro. A los postres, Fontán dijo que si a Mauricio no le parecía mal, podían dar por concluida la velada: no era aficionado a trasnochar y suponía que a Mauricio tampoco le convenía dormir poco si a la mañana siguiente había de tener la cabeza clara y el pulso firme. No quería que por su culpa le arrancara a alguien una muela equivocada. Mauricio le dio la razón, aunque en su fuero interno se sentía algo decepcionado: por el carácter desenvuelto de su antiguo discípulo y su propensión al despilfarro, le había adjudicado una conducta libertina a la que, con recelo pero con curiosidad, habría estado dispuesto a sumarse por una vez si su amigo se lo hubiera propuesto.

Fontán ya había pedido la cuenta e insistió en pagarla sin atender a las protestas de Mauricio. Era él quien había propuesto la cena y elegido el restaurante. A cambio, aceptaría ser invitado donde y cuando Mauricio tuviera a bien invitarle.

Así quedó convenido y Fontán acompañó a Mauricio a su casa.

Una vez a solas, Mauricio hizo balance del encuentro y tuvo que reconocer que había pasado un rato muy agradable, aunque lamentaba haberse sincerado sobre algunos extremos con una persona a la que no creía probable volver a ver socialmente. Ambos pertenecían a ambientes distintos. Llegó a la conclusión de que su antiguo discípulo, con instinto de negociante, sólo había querido aprovechar el encuentro casual en la clínica dental Torralba para ver si podía obtener algún provecho. Seguramente en la próxima cena le propondría un negocio, pensó. Me ha visto bien situado y ha oído dinero. Los dentistas tenemos fama de ganar dinero a espaldas, y algo de cierto hay en ello, aunque no es mi caso.

En la clínica dental Torralba, donde había entrado a trabajar de la mano del doctor Robartes, un conocido de su padre, Mauricio cobraba un sueldo decoroso y vivía sin estrecheces.

Más tarde, se avergonzó de haber pensado mal de Fontán: fueran cuales fueran sus móviles, lo único cierto era que le había invitado y le había tratado en todo momento como a un verdadero amigo, mostrando un genuino interés por sus circunstancias personales y sus opiniones. En vez de alimentar sospechas infundadas, lo que debía hacer era devolverle la invitación lo antes posible. Pero por abulia dejaba pasar los días sin hacerlo.

Finalmente fue Fontán quien le llamó. Como en aquel preciso momento Mauricio no estaba en casa, le dejó un recado en el contestador diciendo que le volvería a llamar para concertar una nueva cita.

Esta vez la suspicacia de Mauricio atribuyó tanta solicitud a la necesidad de Fontán de comunicarse con alguien de confianza. Probablemente la vida que había elegido o que el destino había elegido por él le había proporcionado poder y riqueza a cambio de un cruel aislamiento. Esta soledad le llevaba ahora a buscar un confidente en alguien conocido y al mismo tiempo tan ajeno en todo a su mundo como Mauricio.

Sin embargo, cuando devolvió su llamada, Fontán le dijo que el jueves siguiente había convocado a un pequeño grupo de amigos en su casa; una reunión informal, sin motivo alguno, para tomar copas, picar algo y reírse un rato. Sin mucho entusiasmo ante la perspectiva de alternar con desconocidos pero incapaz de excusarse a causa del remordimiento que le producían sus reiteradas y siempre desmentidas sospechas, Mauricio prometió no faltar.

Fontán vivía en un edificio nuevo de la calle Anglí,

un poco por debajo del paseo de la Bonanova, con amplio vestíbulo y portero uniformado que le preguntó el nombre y luego le acompañó al ascensor y pulsó el botón.

Un camarero le abrió, le ofreció una copa de champán y lo dejó solo en el recibidor.

Mauricio no sabía qué hacer. Se quitó la gabardina y la dejó en una alcoba contigua al recibidor, donde se apilaban varias prendas de abrigo. Hecho esto, regresó al recibidor.

Al cabo de un rato Fontán salió a su encuentro.

—¡Greis, cuánto me alegra que hayas podido venir!

Lo condujo a un salón contiguo muy grande, de techo alto, pintado de beige y salmón y amueblado con una sobriedad algo afectada. En todos los detalles se veía la mano del decorador profesional, más pendiente de la impresión del extraño que del confort del cliente.

En el salón había una docena de hombres y mujeres, todos muy bien vestidos. Mauricio se alegró de haberse puesto su mejor traje después de mucho cavilar.

—Como te dije, cuatro amigos, dijo Fontán. Ven, te los presentaré.

Los invitados dispensaban al recién llegado una acogida amistosa pero efímera: eran viejos conocidos, tenían entre sí mucho en común y nada de que hablar con un recién llegado.

La sensación de ser un intruso no desagradó a Mauricio. Cambió la copa vacía por otra llena y se puso a mirar los cuadros de las paredes. A diferencia de los muebles, eran unos cuadros fuera de lo común, elegidos con un criterio personal.

Una mujer joven que acababa de serle presentada, pero a la que de inmediato había perdido de vista, se co-

locó a su lado. Era evidente que había ido a su encuentro al verle solo, por pura cortesía, tal vez a instancias del dueño de la casa.

—¿Te gustan?, dijo refiriéndose a los cuadros.

—No lo sé. Son un verdadero desafío para el espectador.

—¿En qué sentido?

—Bueno, son de artistas desconocidos salvo para los expertos o los coleccionistas y por lo tanto es imposible calcular su valor económico. Cuánto puede valer este cuadro, por ejemplo, o aquel otro: es imposible barrender siquiera una cifra.

—¿Y eso es importante?

—Claro. El valor económico es parte del valor global de una obra; siempre es así, pero en el arte contemporáneo es esencial. No lo digo en broma ni en sentido peyorativo. Hoy en día el aspecto técnico del arte tiene poca importancia. Antes había que pintar bien un paisaje, un retrato o el éxtasis de san Francisco. El arte se valoraba con criterios artesanales. Hoy esto es secundario, por no decir superfluo. Cuando personas incultas y estúpidas dicen que un cuadro no figurativo lo puede pintar un niño o un mico, dicen la verdad. Pero es una verdad irrelevante. Porque lo importante es el significado de la obra, no para el artista sino para la sociedad. Un cuadro en blanco o un lienzo roto no tendrían ningún significado si los hiciera yo. En cambio sí que lo tienen cuando provienen del taller de un artista consagrado; y no por papanatismo, sino porque en este caso representan la posición del artista con respecto al arte. Es como el silencio de un filósofo en relación con un tema trascendental: tiene valor en la medida en que la sociedad ha asignado un valor a sus palabras.

Ella se quedó callada un rato, mirando fijamente a

Mauricio: se la veía reflexionar, pero no sobre las opiniones que acababa de oír sino sobre la persona que las había expuesto. Finalmente dijo:

—¿Eres médico?

Mauricio se quedó desconcertado y luego se puso a reír.

—Pensé que te había dado el pego. Sí, soy médico y no entiendo nada de arte.

—No lo decía por eso. A lo mejor lo que acabas de decir no está mal. Preguntaba si eras médico por tu forma de hablar.

—Ah, ¿hay una forma específica?

—Sí. En general, los médicos sois arrogantes.

Ahora era Mauricio el que no sabía si ella hablaba en serio o le estaba tomando el pelo.

—¿Arrogante yo? Por el amor de Dios: soy un hombre tímido, inseguro, pusilánime, un auténtico caracol. Ella se encogió de hombros.

—Una cosa no quita la otra. A sabiendas o no, los médicos tendéis a la arrogancia de un modo natural, porque tarde o temprano todos acabamos llorando en vuestros brazos.

—En los míos no: soy dentista.

Había seguido llegando gente.

Fontán se acercó a ellos y les informó de que la cena estaba servida en el comedor.

—Es un bufé. Cada cual se sirve lo que le dejan los demás. Si no os dais prisa os quedaréis en ayunas.

Ella se fue sin decir nada.

—¿Tú le has dicho que soy médico?, preguntó Mauricio a su antiguo discípulo.

—No.

—¿Cómo puede haberlo adivinado?

—Oh, Clotilde es muy lista. En la facultad siempre sa-

caba las mejores notas, sobresalientes, matrículas, un horror. Y encima estaba muy politizada. Pero como era guapa, disimulábamos y le echábamos los tejos igualmente.

En torno a la mesa reinaba una gozosa y comedida confusión. Mauricio se sirvió, comió y bebió y regresó al salón con la esperanza de reanudar la conversación con Clotilde, pero no la vio por ninguna parte.

Fontán vino a su encuentro acompañado de dos hombres de su misma edad. Los dos vestían de manera similar, con elegante sencillez no exenta de coquetería. Uno de ellos llevaba una barba corta y bien cuidada.

—Te quiero presentar a dos amigos, Víctor Alemany y Andreu Fitó, peligrosos bolcheviques recién salidos de la tintorería; quiero decir blanqueados por las urnas. Como buenos políticos, han llegado tardísimo para hacernos creer que dedican muchas horas al bien común. Éste es Mauricio Greis; fuimos juntos al colegio.

Mauricio estaba seguro de haber visto anteriormente aquellas caras, en la televisión y en los periódicos, pero como la política local le traía sin cuidado, no había reparado en sus nombres ni en sus cargos. Ni siquiera ahora, en su presencia, conseguía recordar quién era Alemany y quién Fitó.

—Os dejo solos para que despachéis, dijo Fontán. Ándate con tiento: de los políticos no hay que fiarse un pelo.

Los dos políticos se limitaban a sonreír y a mover la cabeza con el aire de resignación del invitado dispuesto a aceptar gustosamente todas las bromas del anfitrión. Mauricio advirtió que al ser identificados como políticos, incluso de un modo festivo y cariñoso, los dos habían adoptado un aire de reserva y timidez: hacía muy poco que habían accedido al poder y todavía no se habían acostumbrado a ostentar la autoridad de que habían sido

investidos. Pero tampoco olvidaban su condición: aunque hablaban y actuaban con sinceridad y a ratos con apasionamiento, en su actitud ya se apreciaban ribetes de petulancia. No obstante, pensó Mauricio, esta actitud, derivada de la importancia que daban a sus respectivos cargos, era preferible a la indiferencia y el escepticismo.

—Fontán nos ha dicho que estuviste muy implicado en los últimos años del franquismo. Y también que más tarde te desengañaste de la política.

—Fontán habla por hablar. Ni entonces tuve un papel destacado ni abandoné por desengaño. Simplemente, me fui a estudiar a Madrid y me desentendí de todo.

—¿Por qué a Madrid? No es que tenga nada de malo, pero siendo de aquí...

—Soy dentista y en aquella época el doctorado en estomatología sólo se podía hacer en Madrid.

—¿Y ahora?

—Ahora ya se puede hacer en Barcelona.

—Me refería a ti.

—Ah. Ahora trabajo aquí. En la clínica dental Torralba, del doctor Robartes.

—¿Y lo demás? La política y todo eso.

—Se acabó. Vivo y dejo vivir. Los tiempos han cambiado.

—Pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de cambiar, replicó el que acababa de hablar con cierta viveza, como si deseara entrar en polémica.

Al otro extremo del salón Mauricio distinguió a la mujer de los cuadros rodeada de hombres. Mauricio creyó advertir que ella le miraba de soslayo y le sonreía. Por un momento perdió el hilo de la conversación y aprovechó para imprimirle un sesgo menos serio.

—Presiento que me estáis sonsacando.

Los dos políticos cruzaron una mirada y sonrieron.

—Sí, en realidad hemos venido a determinar la medida de tu compromiso y a hacerte una proposición, si hubiera cierta disponibilidad por tu parte.

Una mujer de facciones afiladas, con el pelo encrespado, largo hasta los hombros, se unió al grupo.

—¿No podéis dejar de trabajar ni siquiera un minuto?

—En un minuto se perdió Constantinopla, dijo Fitó.

—Después de once siglos de hacer el burro, dijo ella. Y dirigiéndose a Mauricio: Soy la mujer de Fitó.

Le tendió una mano. En la muñeca llevaba varios brazaletes y dijes.

—Mauricio Greis.

—¿Amigo de Fontán?

—Sí, del cole.

—Estábamos a punto de hacerle una proposición, dijo Fitó.

—Pues os dejo.

—Si quieres la puedes oír.

—No. Sois un rollo. Me voy.

A Mauricio le pareció muy simpática.

Alemany y Fitó le explicaron que el país atravesaba por un momento difícil. Después de los años turbulentos de la transición, una vez establecida la democracia con claras expectativas de permanencia, la ciudadanía había creído llegado el momento de volver a sus asuntos personales. Unos por cansancio, otros por desencanto y todos, en definitiva, por egoísmo, preferían dejar el gobierno en manos de unos políticos profesionales en los que, por otra parte, ni creían ni confiaban.

—Afrontamos un reto muy especial, dijo Fitó. En poco tiempo la izquierda española ha tenido que improvisar una clase política. Los del otro bando tienen cierta experiencia, de la etapa anterior, y aun así se las

ven y se las desean. Por la misma regla de tres, nuestro caso es dramático. ¿Para qué engañarnos? Hemos conseguido el poder y estamos en cuadro. Tenemos líderes de talla, es cierto, pero los líderes sólo son la punta del iceberg: hay que cubrir miles de cargos con gente más o menos afín a nuestra ideología o, por lo menos, que no nos sea hostil, que no torpedee deliberadamente nuestro trabajo. Y ha de ser gente eficaz: el electorado vota según sus inclinaciones pero luego reclama eficacia, como es natural. El éxito de tal o cual partido no sirve de nada si después de acceder al poder no funciona la medicina asistencial, o la educación pública, la seguridad ciudadana o las comunicaciones.

—Esto por no hablar del desgaste, dijo Alemany. No es un secreto que el referéndum para entrar en la Alianza Atlántica nos ha restado muchas simpatías. Especialmente en Cataluña.

—Yo voté a favor, dijo Mauricio.

—Y para postre, concluyó Fitó en voz más baja, seguimos sobre arenas movedizas: el ejército, la Iglesia, las multinacionales o los grupúsculos extraparlamentarios. Los terroristas de todos los pelajes.

Inopinadamente, los dos se pusieron a reír al mismo tiempo.

—Hemos conseguido aterrorizarte, a que sí.

—Un poco, dijo Mauricio, pero me temo que lo peor está por venir. ¿Qué me queréis proponer?

Los dos políticos guardaron un rato de silencio antes de responder.

—Está bien. La pregunta es ésta: en las próximas elecciones autonómicas, ¿estarías dispuesto a entrar en las listas del PSC? No hace falta que contestes ahora mismo. Cuanto antes nos contestes, mejor, pero piénsalo con calma. Y piensa también el lugar que quieres

ocupar. Si es alto, es posible que tengas un cargo público; si es bajo, tu presencia será sólo testimonial pero igualmente importante. Sea cual sea tu respuesta, mantendremos el asunto en la máxima confidencialidad. También conviene que sepas que la iniciativa de contactar contigo es nuestra, pero que cuenta con la aprobación y el interés de personas situadas a muy alto nivel.

Mauricio desvió la mirada hacia el salón, rebosante de invitados. Con la comida y la bebida todo el mundo se había vuelto más expansivo y el vocerío iba en aumento. Mauricio buscaba a la mujer de los cuadros, pero había desaparecido nuevamente. Luego se volvió a los políticos. La proposición le había pillado tan de sorpresa que ni siquiera se había molestado en considerarla.

—Os agradezco mucho vuestro interés, pero yo no tengo nada que ver con la política. Además, no sé cómo podría compaginarla con mi profesión.

—Justamente nos interesas por tu profesión, entre otras cosas. No podemos presentar una lista compuesta sólo de abogados laboristas y economistas pasados por la London School. Es preciso que toda la sociedad civil se sienta representada. No todas las profesiones, ni siquiera todos los sectores, pero sí un amplio espectro. Si te decides, ya nos ocuparemos del aspecto práctico de la cuestión. Toma, aquí tienes nuestros teléfonos.

Le dieron dos tarjetas y lo dejaron solo y sumamente perplejo. Dudaba entre irse a su casa o tomarse un whisky y considerar que lo que acababa de suceder no tenía importancia. De las dos opciones, la primera le parecía la más sensata, pero se resistía a dejar la reunión sin haber hablado nuevamente con la mujer de los cuadros. Llamó la atención de un camarero y le pidió un whisky con hielo y agua. Fontán se puso a su lado.

—Te juro que yo no tengo nada que ver con la en-

cerrona. Si hubiera imaginado las intenciones de esos dos caimanes...

—¿Tú crees que hablaban en serio?

—No te quepa duda.

—Pero no saben nada de mí. Sólo lo que tú les puedas haber contado.

—Será que se fían de mí. Qué remedio: la democracia está en pañales y hay que improvisar: aquí te pillo, aquí te mato.

Mauricio no sabía si debía estar enfadado con su antiguo condiscípulo. En fin de cuentas, el que le hubieran querido atraer a las filas del partido en el poder era algo halagüeño y si Fontán había mediado en ello, sin duda lo había hecho porque valoraba sus méritos.

En aquel momento se abrió una puerta que comunicaba con las habitaciones y salió la mujer de los cuadros. Al verlos fue directamente hacia ellos.

—¿Dónde te habías metido?, preguntó Fontán. En tu ausencia nuestro amigo Greis ha estado en un tris de convertirse en ministro del Interior.

—No digas tonterías, protestó Mauricio.

—¿Te llamas Greis?, preguntó ella.

—Sí. Mauricio Greis. La familia de mi padre es de origen centroeuropeo. Y al parecer, judío. Pero se establecieron en Cataluña hace varias generaciones y rompieron toda vinculación con su procedencia y con su etnia. Sólo después de la Segunda Guerra Mundial apareció un primo lejano de mi padre que vive en Israel.

—Qué interesante.

Mauricio temía aburrirla con aquella historia insulsa.

Fontán se la llevó a un rincón y ambos sostuvieron un diálogo breve pero intenso. Por un instante ella pareció irritarse. Luego, de inmediato, recobró la compostura. Mauricio se dio media vuelta para que no pudie-